



Queridos hermanos,

Por gracia de Dios, celebramos un año más la Semana Santa, con toda su riqueza litúrgica, de vivencia de fe. Participaremos en los acontecimientos salvíficos que se conmemoran solemnemente estos días como un único Pueblo de Dios, unidos en nuestros templos y también en nuestras calles, en los gestos de piedad popular y de recogimiento íntimo y personal.

Seremos así "peregrinos de esperanza", según el lema de este Jubileo ordinario romano, en el que recordamos el fundamento de nuestra vida y de nuestra paz: la fe en el Hijo de Dios, que nos amó y se entregó por nosotros.

Esta semana Santa queremos profesar de nuevo nuestra fe, afirmar la certeza de que nuestra esperanza no defrauda, no declinará nunca. Porque ¿quién nos separará del amor de Cristo? ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro? ¿la espada? En todo esto vencemos de sobra gracias a Aquel que nos ha amado. (Rm 8, 15-16)

En cada día, en cada paso de la Semana Santa contemplaremos cómo el Señor venció, en plena comunión con el Padre, movido por el amor por nosotros y nuestra salvación.

Aceptó dócilmente la flagelación, todo el dolor que los golpes de los hombres podían infringirle, en todo su cuerpo. Pero la paciencia de su amor fue más grande,

que no se guiaba por lo que le convenía a Él, de modo inmediato, en su carne y en su sangre; sino por la afirmación de la voluntad del Padre, que es Amor y el único de quien esperar la misericordia y el perdón para los hombres, la vida verdadera para sus hermanos.

Y aceptó la corona de espinas, el escarnio de los poderes de este mundo, que se pretenden absolutos, por encima del hombre, despreciando y burlándose de su dignidad. Pero Jesús no se doblegó a este poder del mundo, sufrió su violencia y desmesura, y lo situó en su lugar, en sus límites: la obediencia a la verdad de Dios y del hombre. Y de nuevo, permaneció en el amor al Padre, a su voluntad buena, con un corazón que no quebraban sufrimientos, ni desprecios; y no rechazó la misión encomendada ante la incompreensión y el rechazo violentísimo de quienes ponían la confianza en la propia fuerza y poder, no esperaban en Dios ni tenían compasión del hombre.

Y lo contemplamos en su mayor victoria, alzado en la cruz, cuando todos los dolores y las amarguras que puede causar el pecado del mundo fueron causa sólo de que su entrega y su amor llegase a cumplimiento en toda su anchura y profundidad, confiada el alma en las manos del Padre, cierto de su designio bueno, y ofrecida su vida y su Persona por sus hermanos, a los que no abandona ni niega, ni siquiera en estos momentos, ante la percepción más dura de nuestro pecado, de nuestra maldad, ceguera y obstinación.

Pero el Señor resucitará con toda la gloria del Padre y nos encomendará: decidle a mis hermanos, voy a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.

Por eso nosotros contemplamos y seguimos sus pasos en Semana Santa, celebramos el misterio de su Pascua, para ofrecerle nuestra fe, para profesar, nuestra esperanza en su amor, sin cerrar los ojos a ningún dolor a ninguna de las maldades que dañan la vida. Vemos el mundo, cargado de problemas y sufrimientos, de guerra y calamidades, de soberbia, egoísmo y avaricia.

Y afirmamos que nuestro Redentor vive, que nuestra esperanza no declina nunca, que nosotros queremos pedir perdón en primera persona por nuestros pecados, y auxilio para nosotros mismos y para nuestro mundo.

Queremos ser "peregrinos de esperanza", que la anuncian, la siembran, la hacen posible; porque la llevan en el corazón, fundada en el amor vencedor del Señor, que contemplamos de modo especial con agradecimiento profundo un año más esta Semana Santa.

Que el Señor nos bendiga, nos dé paz, gracia y alegría a todos, y esperanza a nuestro mundo.

¡Felices Pascuas a todos!

+Alfonso,
Obispo de Lugo